

carruaje que le apartaba de su esposo. Era en verdad un hermoso espectáculo el que presentaban aquellos dos hermosos jóvenes que se miraban á través del espacio, siempre creciente, vuelto él hacia ella y ella mostrándole desde lejos el muchacho. Aquellos pobrecillos les parecía larga una ausencia de cuatro horas, porque era su corazón el que señalaba los minutos, y el niño el lazo de unión entre los dos.

BIBLIOTECA PARTICULAR
DE LA

Srita. Felicitas Lozano

PROFESORA DE CANTO.

CAPÍTULO V

Mayo

Fué aquella una hermosa mañana, y tuve una conversación relacionada con la fecha del mes, en el tranvía de Vanchiglia. Sin duda alguna eran los interlocutores algunos de aquellos mismos que cuando el 1.º de Mayo presentaba un aspecto amenazador, decían:

—Celebren tranquilamente su fiesta los obreros, si quieren que sea respetada.

Cuando ya la fiesta fué pacífica se burlaban de reuniones privadas y de las giras campestres, atribuyendo aquella tranquilidad á temores vergonzosos. No hay gente más fastidiosa que los miedosos empedernidos, los cuales, cuando ya no tienen nada que temer, acusan á los que se lo han inspirado.

Razonaron un rato para demostrarse mutuamente una cosa de la cual estaban ya convencidos: de que la fiesta era un absurdo así como también la idea que representa. Les escuchaba, sin embargo, casi con gusto, pensando que andando el tiempo les parecería á las generaciones futuras tan rara su conversación, como ellos creían rara la idea que ahora se iba abriendo camino. Cosa extraña, en verdad, digna de una fábula de Esopo, la ola del mar que se detiene y teme ser alcanzada por otra, y le dice: ¡Retrocede! Pero el pequeño murmullo de aquellas voces ingratas se perdió bien pronto en la onda de aquella otra, poderosa, que yo sentía en la mente, entre otras innumerables que me asaltaban, en tanto que por las demás líneas de los tranvías de la ciudad y del campo se repetían parecidas conversaciones, y en el aire, y en los montes, y en los mares vibraban los acentos de libertad y de esperanza que formulaban millones de hombres en veinte lenguas distintas, recordando siempre la igualdad no alcanzada, la fraternidad no lograda todavía y el bienestar y el amor que al cabo debían reinar entre las multitudes. Parecíame que la brisa de Mayo que me acariciaba el rostro me traía un eco vago de aquellas voces infinitas, con fundidas en un son dulce y solemne, como un suspiro del mundo despertado por las alas de la primavera. Sin embargo, estaba triste: con aquella fecha volvía á mi imaginación el recuerdo de un edificio ya erigido después de cinco años de fatigas, el cual un día en un momento de potente clarividencia crítica, había visto de repente como por una onda seísmica hundirse y abrirse desde el te-

cho á los cimientos y arruinarse por completo. Aquella fecha recordaba forzosamente mi pensamiento, aquellas ruinas que no hubiese podido reedificar sino después de muchos años de labor continua y después de tener serena la inteligencia para concebir un nuevo plan; y aquel recuerdo de entusiasmos vanos, de esperanzas desvanecidas, de perdidas vigiliias, y la duda de que una prueba tan horrible pudiese repetirse, me atormentaba como la idea de una condena á trabajos forzados perpetuos.

Me distrajo de mi ensimismamiento una voz alegre que gritó:

— ¡El 1.º de Mayo!

Volvíme, y ví á mi lado, en la plataforma, un rostro conocido, un guapo mozo, rubio, vestido con el traje de las fiestas, con una flor en el ojal tan colorada como su boca de veinte años. Todos los pensamientos tristes que sentía desvaneciéronse ante la vista de aquella juventud radiante de alegría y regocijo. Era un tipógrafo, uno de aquellos creyentes más apasionados y serenos, de naturaleza afectuosa é ingenua, un partidario ardiente, el más férvido y decidido de los correveidiles electorales, devorador infatigable de escaleras y de calles, siempre dispuestos á prestar cualquier servicio, á conciliar, á amansar, no movido nunca por esperanzas de ventajas propias, próximas ni remotas; pero orgulloso de ser uno de los últimos soldados del ejército; por otra parte muy enorgullecido de su fe, sintiendo la dignidad de su clase, y experimentando un verdadero tormento á la vista de un obrero borracho; celoso como un misionero, el pri-

mero siempre en acudir á todas las reuniones, en las cuales su cabeza rubia brillaba entre mil, como una luna de oro, y su estremecimiento, y su gesto de asentimiento á los oradores se transmitía á los vecinos como un fluido eléctrico. Aquel día era verdaderamente feliz. La idea del paseo campestre de la tarde le entusiasmaba; había corrido ya no sé cuantas líneas de tranvía para ir á buscar compañeros irresolutos, sabía lo que debía ocurrir en las principales ciudades extranjeras y descontaba ya el placer de leer las noticias del día siguiente. Decía:

—Los compañeros de Bruselas, de Berlín, de Viena, de París—haciendo resonar aquellos nombres con una sonrisa de complacencia, como si se tratara de nombres de amantes, é interrumpía sus explicaciones para señalarme las flores rojas que pasaban en los otros coches del tranvía, como me hubiese mostrado los trofeos de una victoria. Por fin, señalándome la que llevaba en el ojal me dijo que era un regalo inesperado que le había hecho su madre por la mañana, no porque se hubiese «convertido» ¡ah, no! sino para darle una sorpresa agradable, y que antes de entregársela le había hecho mil recomendaciones amorosas, diciendo que tuviese juicio ¡pobre viejecita! como si se tratase de un día de batalla. Después saltó de la plataforma, diciéndome que iba á comprar media docena de *numeri unice* para distribuirlos entre sus amigos, hizome un amigable saludo con la mano y desapareció, dejándome en el alma un rayo de su juventud y de su alegría.

*
**

Pero al día siguiente pagué la fiesta. El tranvía es muy peligroso para aquellos á quienes toca de cuando en cuando «andar en boca» de sus hermanos en Cristo. No sospechaba, ciertamente, que yo estuviese de pie detrás de él, un grueso señor sentado en el último banco de la jardinera del Corso Vinzaglio; á la cual había subido con el escultor Costa para ir á la Exposición Trianal. Tenía en la mano la *Stampa* de la mañana, en la cual había un extracto de un discurso que pronuncié el día anterior en la Asociación General de Obreros, y hablando con un vecino, me estropeaba de un modo bárbaro con voz lenta y enfadosa. ¡Si se pudiese oír cuanto dice de uno la gente que no le conoce, sería menos el dolor de las ofensas recibidas que la estupefacción que nos sobrecogería al ver la extrañeza y absurdidad de lo que de uno se dice, y que es imposible imaginar! El buen señor explicaba á su vecino el verdadero motivo de lo que llamaba *mi rebeldía*: lo sabía de ciencia cierta. Perdido el poco dinero que tenía en el crac del Banco Tiberino, había tratado de alcanzar, para indemnizarme, el puesto de bibliotecario cívico que me había sido rehusado, y entonces, indignado y desesperado, por puro espíritu de venganza contra el mundo ingrato, había dado el salto nefando. Profetizaba donde debía acabar: en un lugar donde ya me hubiese encerrado él en seguida, á serle posible. Iluminado por una sola palabra, Costa me dió con el codo diciendo:

—Oye, oye, creo que tratan de tí.

Y añadió sonriendo al oír una injuria muyúscula:

—Guárdate ésta para escabeche.

Sentí ganas de contestar á mi amigo; pero la esperanza de tomar represalias me hizo callar. Esa esperanza no salió fallida. Dando el tranvía la vuelta al Corso Víctor Manuel, el grueso señor, acometido de un impulso imprevisto de cólera, gritó tendiendo el puño hacia el monumento:

—También este otro. Otra te pego. Es preciso ser tan torpes como somos...—y calló el resto. Entonces toqué con el codo á mi vez á Costa y le dije:

—Esta la puedes guardar también bajo un fanal. Soltamos una carcajada, y oyéndola se volvió el orador que, entrando en sospecha, no dijo una palabra más. Pero no era necesario. Como me hizo observar Costa ya teníamos bastante por diez céntimos. Regla general: debe andarse á pie al día siguiente de pronunciar un elocuente discurso en público.

* * *

¡Cuánto pasto pueden dar á la fantasía las conversaciones que se oyen en los carruajes públicos! Hice un estudio particular de ellas durante los primeros días de Mayo y me pareció haber recogido páginas, y trozos de páginas, de mil novelas truncadas. Pero la verdad es que á través de aquella variedad infinita se advierte una monotonía grande. En los diálogos que en voz baja sostienen las muchachas del pueblo, á cada veinte palabras infaliblemente, como el *pais* en los discursos electorales, llega á los oídos la palabra *él*, el eterno *él*, protagonista anónimo de la escena. En las conversaciones políticas podéis estar seguros de oír emi-

tir siempre como juicio propio, el juicio que habéis leído por la mañana en el periódico que el que habla tiene en la mano. En los diálogos que acerca de la lluvia, del calor, del frío, del viento se sostienen, se oyen siempre las palabras que millones de bocas repiten por los siglos de los siglos á cada cambio de temperatura, como si fuese una cosa nueva, extraña, inesperada. Una gran parte de las conversaciones de los hombres no son más que bostezos de la inteligencia adormecida. Pero hay días y días. Hallo entre los apuntes de un solo trayecto la historia interminable del cambio de una uña del pie que contó al cochero un trabajador con un lujo espantoso de detalles, mientras un médico que estaba á su lado explicaba á otro pasajero el modo cómo debía hacer abrir la boca á un perro para propinarle cada mañana una cucharada de sal que le curaría un constipado. Luego oí una frase recogida al vuelo de dos oficiales que hablaban de un desafío:

—Cuando uno da una estocada, ¿qué le importa que le arresten?—Oí también una exclamación sofocada:

—¡La destrozo entre mis manos!—Esto lo dijo un hombre que estaba hablando confidencialmente con un amigo al mismo tiempo en que dos caballeros que tenían facha de cómicos decían pestes del maestro Leoncavallo, llamando á los *Pagliacci* los *Pagliericci*. Al propio tiempo un individuo que estaba cerca de mí, hablando no sé con quién, relataba de la Argentina, de donde había llegado hacía poco, las mayores mentiras del mundo: por ejemplo, que allí costaba diez liras hacerse afeitar.

Aquel mismo día oí mil historias de enfermedades, de dinero prestado y no devuelto, de riñas con los vecinos, de aventuras galantes, de caídas de ciclistas y mil otras cosas que no tenían ningún interés ni para el que las relataba ni para el que tranquilamente las oía, sin duda porque no tenía cosa de mayor importancia en qué fijarse. No se crea, sin embargo, que resulte un estudio inútil, ya que al observador atento le enseña á ser cauto. Hé aquí, por ejemplo, el diálogo que oí sostenido por dos muchachas en el último trayecto del tranvía en la calle Cernaia.

—Uno entre dos... es vergonzoso.

—¡Qué demonios! nadie lo ha de ver.

—Pero nos verán entrar á las dos juntas.

—¡Qué importa! Dios sabe cuántas hacen lo mismo.

Añadió después de una pausa:

—Produce un gran placer.

—Sí, después se siente una mejor.

—Y hace ya más de un mes... te digo que casi lo necesito.

—¡Diablo!—exclamé entre mí. Y hubiese formado de aquellas muchachas un concepto horrible, si no las hubiese visto que al bajar entraban en un establecimiento de baños de la calle de San Martín.

* * *

Oh, Mayo, hermoso Mayo, mes de flores

Hermoso hasta en el tranvía que al pasar por la mañana de los días de mercado por las plazas de Manuel Feliberto, Bodoni y Cristina se transfor-

man en pequeños huertos, en almacenes alimenticios y en despensas ambulantes llenas de color y de olor. Por todos lados suben cocineros de posadas y fondas, asistentes de oficiales casados, señoras con jaulas de pájaros y macetas de flores en la mano; y es alguna vez tan grande el enredo de cestas, líos y envoltorios, y de canastos ocultos debajo de los bancos, de enormes cardos mantenidos en alto como cirios y de pollos y conejos que se remueven entre las manos de las criadas, que no se puede alargar un brazo ni estirar una pierna sin tocar algo comestible. Forman verdadero contraste los cocineros de las grandes casas que ostentan como con orgullo sus cestas repletas, y burgueses modestos, de uno y otro sexo, que van por sí mismos á la compra, bien por necesidad económica, bien por refinamiento gastronómico, haciendo un sacrificio de amor propio, esperando no ser vistos por sus conocidos y disimulando lo mejor que pueden las cosas que han comprado. Pero es en vano que aquella señora rubia adopte un aire poético ó distraído para hacerme creer que se encuentra allí por casualidad; veo perfectamente el color rosado de los rabanillos que asoman por la mal cerrada tapa de su elegante *cabás*. El viejo comandante jubilado por más que golpee con los dedos distraidamente su cartera de viaje, con lo cual parece que quiere hacer creer que ha llegado por la estación del Lanzo, no me engaña tampoco, porque el cuero denuncia claramente la forma de un mazo de espárragos que comerá con delicia. No vale tampoco que la vieja condesa arruinada por el reciente desastre de los Bancos trate de esconder con la som-

brilla destefida el paquete que aguanta con la mano derecha, porque veo verdear las hojas de una verdura que años atrás no tocaba nunca sino con el tenedor, y que ahora, al llegar á su casa, cortará y limpiará con las propias manos de las que han huído ya todas las sortijas. ¡Ah! pobre condesa, cierra un poco esa sombrilla, la cual te evita no como crees el desprecio, sino el respeto y la simpatía de las personas buenas... Y la jardinera corre esparciendo olores de romero, de pescado, de carne, de cebollas, de albahaca, de flores, un poco de cada una de las cosas destinadas á las mesas espléndidas de los millonarios, á las redondas de los hoteles, á las pobres pensiones de los estudiantes, de empleadillos, de obreros, de enfermos, á lugares y á personas tan diversas, como diversos fueron los modos como se ganó el dinero para pagarlas, desde la fatiga corporal, al embrollo financiero; desde el producto de la ciencia, al mercado del amor. Después, uno á uno, salen cestas y envoltorios, y el tranvía, recobrando su pristino aspecto, continúa su carrera rápida, hasta que volverá al mismo punto para tomar otros colores y olores y golosinas culinarias, y pudores aristocráticos y pecados de la gula disfrazados. Tranvía estimulante si los hay para los pocos enfermos inapetentes que puede haber todavía bajo el hermoso sol de Italia.

* *
*

Oh, Mayo, hermoso Mayo, mes de flores...

Mostraban sentir su influjo el apuesto capitán de infantería y la supuesta mujer del empleado de co-

rreos que encontré una mañana de Abril en un carruaje cerrado de la línea Vinzaglio. ¿Era posible que su amor no hubiese pasado todavía del período platónico después de un mes y medio de andar en coche? Era posible, pero no creíble. De cualquier modo, era evidente que se hallaban, ambos á dos, en aquel período crítico en el que el amor empieza á encontrar intolerable la tiranía del calendario y del horario, el disimulo, la mentira y las demás cautelas y astucias de la traición; en aquel período en que la pasión inflamada por propia llama, ensoberbecida por la propia fuerza, imagina tener derechos y quiere desgarrar todos los velos, destrozando todos los brazos y batallar contra el mundo y sus leyes. En el rostro de ella no se veía ya ningún signo de timidez; no se hablaban, pero se miraban fijamente y miraban á los demás con ojos firmes, como diciendo:

—No creáis que queramos fingir. Lo que sospecháis es verdad y no lo ocultamos, sino que lo llevamos en triunfo y lo proclamamos cara á cara.

¡Bendito amor, signo eterno de inmensa envidia! ¿Habéis notado que á todos los espectadores produce siempre una expresión de envenenados celos? ¿Que el mundo, que tanto se alegra viendo como dos se odian, siente tristeza al ver que dos se aman? Entre los pasajeros que contemplaban la hermosa pareja con ojos hostiles, había un señor serio y barbudo, que á juzgar por su aspecto, les hubiese apuñaleado. No podía estar quieto; se retorcia el bigote y soplabá; hubiese querido no verlos y no lo conseguía; hubiérase creído que era el marido engañado. Reconocí en él un erótico, pero de un or-

den particular: de aquellos celosos de todo el sexo femenino, á los cuales todos los amores les parecen una ofensa hecha á ellos y para quienes cada mujer enamorada, al verles, debería dejar á su amante, diciéndole:

—¡Perdóname! me he enamorado de tí porque no conocía á ese caballero; pero ahora te planto.

¡Cómo corría aquel carruaje! No parecía que lo arrastraran caballos, sino que lo empujara hacia adelante la fuerza de la pasión de los celos, de los corazones palpitantes, y de las imaginaciones en delirio que llevaba dentro. Había dos señoras con las mejillas encendidas, dos ancianos que tenían toda el alma en los ojos, un jovencito que parecía magnetizado; hasta el cobrador tomaba las monedas sin examen para no apartar los ojos de aquella pareja culpable. Yo pensaba con lástima en aquel pobre empleado de correos, que quizá en aquel mismo momento decía en la ventanilla con voz plácida:

—No hay nada para usted.

¡Ah, pobrecillo! ¡Para él sí que no había nada!

*
* *

Oh, Mayo, hermoso Mayo, mes de flores...

También sentía su influencia mi buen veterano de la calle de Garibaldi la tarde que le encontré en la jardinera de la línea del Valentino que iba hacia Porta Palazzo. Se veía que estaba contento de sentirse bien, de respirar el aire templado en que

flotaban los perfumes de flores y árboles. A cada cruce volvía la cabeza con vivacidad insólita y lo miraba todo, sonriendo á las personas, á los monumentos, á las casas en construcción, á los tranvías que pasaban, á las calles largas y rectas y á los Alpes lejanos. Debía ser para él una de aquellas buenas jornadas que los viejos recuerdan luego como paréntesis abiertos en su vejez, en los cuales han visto de nuevo y de cerca, y casi sentido, los ardores de una edad mejor. Sonreía hasta al coche en que iba, que era gracioso y alegre de veras; parecía un jardincito de sombreros Artón, Vittoria y Romeo, coronados de rosas y margaritas, un nido de niños vestidos de blanco, pasmados todos, ante el uniforme extraño de un oficial búlgaro de la Escuela Militar. Había también dos bonitas muchachas del pueblo con la cabeza descubierta, y tres soldados de ingenieros, un poco alegrillos, que hacían reír á todo el mundo con los comentarios graciosísimos que les sugería un almuerzo desdichado que acababan de hacer en la fonda. Atravesar Turín en carruaje por diez céntimos, en tan buena compañía, con un tiempo tan hermoso, debía ser para aquel solterón uno de los gustos más exquisitos que le quedaban, algo así como un paseo á caballo para un mozo de dieciocho años. Tan grande era la satisfacción que experimentaba, que no pudo menos de manifestarla, cuando al pasar por la calle Siccardi, á lo largo del jardín de la ciudadela, sintió en el rostro una oleada de perfumes de la Exposición de las flores. Volvió hacia mí su rostro lleno de arrugas y sonriendo exclamó:

—¡Qué hermosa tarde!

Luego me expresó su deseo de ver al año siguiente la inauguración de los tranvías eléctricos, y me dijo la admiración que sentía por los «progresos maravillosos de la época,» como un hombre que sintiese dentro de sí tanta vida que pudiera gozar de ella. Aquí se interrumpió para llamar á su *Ciu chetto* con un acento insólitamente sonoro, en la cual nota pareció complacerse como para dar una prueba del vigor de su pecho. Al pasar por la calle Garibaldi, se quitó de nuevo el sombrero haciendo una profundísima reverencia. Había cruzado el carruaje de la princesa Letizia, y comprendí que aquel encuentro era para su corazón de buen viejo piamontés monárquico, el coronamiento feliz de una jornada de oro.

*
**

Mayo, hermoso Mayo: lo sentían hasta en sus venas los pajarillos que revoloteaban por el aire. Subí en Porta Palazzo en el tranvía parado aún en la línea del arrabal de San Salvador. Estaba solo. Una mujer me puso al lado, en el banco, un hermoso muchacho, moreno, de unos siete años de edad, diciéndome:

—Mil perdones, caballero: ¿va usted hasta el final de la línea?... en ese caso ¿quisiera usted tener la bondad de mirar por este niño que debe bajar en la calle Berthollet, número dieciseis?

Y dándome las gracias repitió la recomendación al cobrador, que apenas la escuchaba. El tranvía partió. La mujer hizo una caricia á mi recomendado para tranquilizarle, pero comprendí en seguida

que no había necesidad de ello, puesto que casi en el mismo momento puso la mano sobre mi bastón y empezó á hablarme de tú, sin preámbulos, y me tiró de la corbata hasta deshacerme el nudo.

Aquella línea que desde el paseo Reina Margari-ta sigue durante buen trecho por la calle hermosa y clara, abierta hace poco, es muy bonita. Luego vuelve á entrar en el Turín antiguo, entre las cúpulas severas y la plaza oscura del Chiabrese y del Seminario; después recibe un soplo de vida juvenil en la calle Cuatro de Marzo, y prolongándose por la vía rumorosa del Veinte de Septiembre, pasa por la novísima de Pietro Micca, por entre una serie de edificios y palacios nuevos, á los que luego siguen otros en ruina; esquinas tapizadas por prospectos nuevos, ante los cuales pasa por la mente la visión confusa de ciudades extranjeras y recuerdos de edificios desaparecidos, de amigos muertos é imágenes de ventanas y de terrazas otras veces vistas, que parece que están disueltas en el aire. ¡Hermoso espectáculo, pero un poco triste, porque nada de lo que se ve ha sido hecho para uno mismo, y se siente más la vejez que avanza, pareciendo que la ciudad, en cambio, se rejuvenece.

—Todo esto se ha hecho para tí y para otros muchachos de tu generación,—pensaba yo mirando á mi desconocido pequeño protegido.

Un verdadero diablillo era éste, que no me dejaba un momento de reposo. Tan pronto se ponía en pie sobre las rodillas, como agitaba mi bastón en el aire ó ponía los pies sobre la espalda de los pasajeros sentados delante, los cuales se volvían hacia

mi como para decirme si esa, y no otra, era la educación que había sabido yo dar á mi hijo. Yo estaba violento pero no me atrevía á cometer la vileza de decir que no era hijo mío aquel muchacho. Esto no era más que el principio de mis tribulaciones. El maldito, en el último trecho de la calle del Veinte de Septiembre, durante una nueva parada empezó á leer en voz alta un anuncio del *Cacao Talmo-ne*, fijado sobre otro tranvía, también parado, insistiendo con malicia páfida en las dos primeras sílabas de una manera tan gráfica que me atrajo las miradas severas de mis vecinos.

—¿No te da vergüenza?—le dije en voz baja.—Te debiera dar.

Luego en el paseo de Victor Manuel, habiendo subido á mi lado un caballero viejo que llevaba unos pantalones muy anchos, creyó oportuno dar la noticia al público, diciéndome al oído pero con voz que oyó todo el mundo:

—Este caballero lleva sayas.

¡Ah, maldita criatura! Tenía el prurito de no dejar quietas las manos ni un momento, lo cual me obligaba á estar con cuidado, pues si no, las ponía sobre los pasajeros. Echábale severas miradas, pero el muchacho comprendía que yo no tenía ningún poder sobre él y se reía descaradamente. En la calle de Niza, viendo subir á una mujer embarazada, exclamó con entonación muy prolongada y con gran estupor:

—¡Oh, qué barriga tan grande!

Esta vez ví correr á lo largo de los bancos un estremecimiento de indignación contra mí, y la mujer

á quien dirigía el apóstrofe el muchacho, dijo encañándose conmigo:

—¡Buena educación!

Fué para mí una verdadera alegría cuando pude gritar *¡alto!* frente al número dieciséis de la calle Berthollet y entregar el mamarrachito al cobrador diciendo yo para mí:

—Anda, diablillo, anda y divierte, de la misma manera que á mí, á los tontos que acepten la tutela de un pasajero como tú de aquí en adelante.

*
*
*

En la misma línea, recorriéndola en dirección contraria, ví dos días después á doña *Quijotina* con su inseparable niño. Iba sentada delante de mí en una jardinera, y habiéndome yo vuelto un poco hacia ella con el aire de aquel que aparenta leer los anuncios de las tiendas, pude oír parte de una explicación que daba á otra señora, la cual la escuchaba sonriendo, más atraída sin duda por la originalidad del asunto que hacía dar rienda suelta á su elocuencia. Tenía el sombrero un poco descompuesto y torcido como de costumbre y manchado de tinta un dedo de la mano, la que agitaba al hablar, como si fuera una muchacha traviesa, y charlaba con su voz de contralto moviendo mucho los ojos y ensanchando el cuello:

—Desgracia sobre desgracia,—estaba diciendo.

—La muchacha que era hija única y estaba ya enfermita, empeoró, y desde entonces no ha mejorado ya más. La envié al doctor Rizzetti. Cada noche soñaba con aquella horrible desgracia y se desper-

taba asustada gritando. Y luego el miedo de que enviasen á su padre á la cárcel y que perdiese su empleo; una tremenda desgracia... imagine usted, una muchacha sin madre, pobre, todo el día sola en casa... fui á recomendarlo á la dirección, pero ya no era tiempo. Desde el principio se había dado á la bebida para aturdirse sin duda. Se ha convertido en un hombre torvo que apenas habla nunca y que parece obsesionado por una idea fija... Da com pasión oírle cuando dice que cada vez que intenta pasar por allí, parece que vuelve á ver la escena y que ve al chiquillo que atraviesa la calle..

Se paró un momento, y entonces creí comprender que se refería á una persona y á un hecho que yo había visto. Las palabras que añadió corroboraron mi idea.

—No; no tuvo él la culpa. Me parecía oírle repetir diez veces con acento que ahogaba su voz:

«Juro por el alma de mi pobre madre que no le he visto pasar.»

¡Ah! quien dice esas palabras de la manera que él lo decía, dice la verdad. Si viese usted aquella pobre casa! La muchacha está en la cama, y sentado frente á un plato de gachas, que no puede comer, está el padre, y entre los dos parece que de continuo se ve la figura de aquel pobre muchacho lleno de sangre, y aquel grito, aquel grito de siempre! Es en vano que yo procure distraerle de su manía y que le diga que no se embriague. Me contesta que es la única manera de disipar la horrible visión que tiene siempre ante los ojos. Yo le digo muchas veces:

—Le prohibo que beba usted más; se lo prohibo

en nombre de su pobre mujer muerta, y de su hija, que siente hacia mí el amor que se siente por una madre.

¡Pobre hombre! Cuando le digo estas palabras se pone á llorar y me besa la mano.

En tanto que hablaba de esta manera, con el rostro animado y la voz vibrante daba á comprender á su amiga que había en aquel corazón un tesoro de amor ardiente, una fuerza grande contra el dolor, el valor contra la muerte, un desprecio profundo de las falsas conveniencias sociales, una sencillez virginal de ánimo y una fibra viril, y sobre su pequeño rostro moreno y regular aparecía una belleza fugaz, pero de una fuerza de seducción indefinible, altiva, y al mismo tiempo dulcísima, mil veces más seductora que la belleza grave de su rostro verdaderamente hermoso.

—He aquí donde sucedió la desgracia, - dijo.— Cuando el tranvía, después de atravesar la calle de Santa Teresa, se internó en la calle de Veinte de Septiembre. Y diciendo aquellas palabras, estrechó sobre su pecho á su hijo cubriéndole la cabeza con la mano como para defenderle de algún peligro. Un momento después exclamó vivamente tocando á su amiga con el codo.

—¡Allí fué!

En dirección contraria á la nuestra venía una jardinera, en cuya plataforma reconocí á primera vista al cochero de los cabellos grises que iba conduciendo, la mañana en que ocurrió la desgracia, entre dos guardias y una multitud de curiosos. Pasó con el rostro contraído, los ojos bajos y sin fijarse